

IENTE

LA A

por GA

gastón

te orment

br sobre

ce, acaba

al la uno

je el titi

Llega la

co. Agust

ag pan l

nes que

son. La

D. amor

El río y

el tuerto

ca. nos.

ton

or de C

su conju

in. sentic

En. mesac

uez de

fátimen

el. calc

además

mentos

qu. ell

serracio

coino s

de. ierr

car. yo

mente

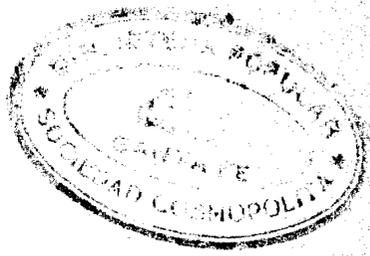
mi. qu

mi. to

poemas

int. gen

de. a



Vidas sin Rumbo

narraciones

GASTON GORI

11256

Boxero MFN 2550



Vidas sin Rumbo

narraciones

Santa Fe - 1943

Editorial "COLMECNA"
SANTA FE - B. AIRES

«M...
LA...
por G...
Gastón...
teriorment...
bro sobre...
ce, acaba...
ahora un...
jo el tit...
Llega la...
co suges...
agrupan...
nes que...
son: La...
Del amor...
El río y...
el huert...
caminos...
El ton...
sos de...
su conju...
un senti...
Expresac...
vez de...
fácilmen...
el reale...
además...
mentos...
que ell...
sensació...
como s...
de tierr...
campo...
mente...
mas qu...
miento...
poemas...
imágen...
den a

OBRAS DEL AUTOR

- Bajo el naranjo 1940
Anatole France 1940
Sobre la tierra ensangrentada 1941
Mientras llega la aurora . . 1942
Vidas sin rumbo 1943

*Inscripta en el Registro de Propie-
dad Intelectual, de acuerdo con los
requisitos que exige la ley 11.723.*



A mi amigo

Diego R. Oxley

UN HOMBRE AL MARGEN DE UNA HISTORIA

En la tierra florece el sufrimiento, como claveles en almácigos. Dejémoslo así comparado, aunque el dolor agobie, aniquile o mate. Que encierre también una imagen de esplendor, de manera que en sus destrucciones variadas, haya lugar para la esperanza y la belleza. El dolor injusto santifica y ennoblece el alma nacida para el bien. Los inquebrantablemente nobles, se elevan como atraídos a región de amplitud y serenidad. Es el tamiz purificador; y la ascensión del ánimo, la medida de los valores irrefutables: equidad y amor.

Ibalo reflexionando, mientras caminaba junto a los muelles del puerto, en Rosario, donde las aguas del Paraná, al entrar en la carrera de amplia curva, levantan sus olas en la ribera. En medio del río, canoas de pescadores se movían con lentitud; ausentes los buques que la guerra ahuyentó de los mares.

Anocheía ya y las luces del puerto comenzaban a reflejarse en las aguas, y en la orilla opuesta, entre árboles que la bordeaban, algún farol se movía, rojizo, como estrella agónica aprisionada por las ramas.

De mi cabeza descubierta el aire rozaba las sienas; lo aspiraba a todo pulmón; venido del río, traía toda su frescura. Hubiera sonreído si alguien me hubiese anunciado acontecimiento capaz de torcer el curso metódico de mi vida. No ignoraba —y no es mucho saber...— que basta la caída de una manzana para que se nos ilumine el pensamiento con una nueva luz, o bajar a una posada, en Offenbach, para hallar motivo de honda adoración...

Y lo imprevisto fue al principio risueño. Una jovencita venía hacia mí, casi corriendo y

como viera huir una rata salida de los hórreos, reí creyéndola asustada.

—¡Señor! ¡Señor! —dijo acercándose—. Tenía expresión de angustia. La boca entreabierta y los ojos profundos como si se debatiera en cruel zozobra.

Me detuvo tomándose de un brazo; no dejó tiempo para que yo dijera nada.

—Señor, lléveme a alguna parte para pasar la noche!

—¡.....!

Lo dijo en tono de súplica. Ante lo intempestivo del ruego sólo atiné a decir:

—¿Qué le pasa?

—¡Estoy sola y no tengo dónde dormir!

No vestía mal, un vestido de tobralco floreado de buen aspecto, zapatos de verano para niña; tendría sólo dieciocho años.

La miré un instante con reserva, no diré que temía nada, ni siquiera una rara manera de abordar con fines galantes; pero traté de dominarme.

—¡Cómo! ¿estás sola?...

—Sí, no puedo ir a casa de mis padres.

¡No puedo! ¡No puedo! Se lo ruego, lléveme con usted para tener donde dormir.

—Sí, bien. Pero no te conozco, ni me conoces...

—No importa. Después le contaré... ¡Lléveme, se lo ruego!

Me desordenaba todos los pensamientos con su súplica sincerísima. Si alguien nos hubiera visto allí, parados cerca del río en tal actitud, nos hubiera supuesto amantes desavenidos.

—Caminemos —le dije— y cuéntame qué te pasa.

—Nada; ¿qué le voy a contar? Quiero tener un sitio donde pasar la noche. Lléveme a algún sitio...

Era, sin duda, una bella muchacha. Suponíale ya alguna desdichada aventura, una de esas aventuras en que las mujeres ponen todo su corazón alucinado, inmolándole al sexo exigente, ilusiones, esperanzas y hasta la vida. Sentí como si hubiera de pronto creado en la escena —donde antes soplaban el aire sereno venido desde los árboles hasta la orilla del río— un ambiente de desdicha.

Era una bella muchacha, y su expresión dolorida, la embellecía más aún. La miré intensamente a los ojos que se dilataron y absorbieron toda mi mirada. Tomándola del brazo la llevé hacia el portón de salida pensando: "Es prudente no abandonarla, además, no podría. Un conflicto, por enconado que se presente, tiene siempre solución y conviene hallarla pronto. Este, no será de los más graves".

Fuí tan sincero como lo exigían las circunstancias.

—Mira, no tengo dinero. Esto es muy común en mí. Trataremos de introducirnos en mi pieza. Por supuesto, sin que nos vea la dueña de la pensión. Es muy rígida y equivocaría mis intenciones. Las personas ignorantes que quieren imponer lo que llaman virtud, son brutalmente inhumanas... Mi "patrona" vive además, para dos cosas: hacer de comer y exigir que le paguen. Debemos evitarnos un encuentro desdichado.

Me agradas y te ayudaré. La belleza y el dolor son sagrados para mí. La belleza por lo que adorna y el dolor, porque...

Adquirí conciencia del momento y trunqué mi discurso. Si hubiese dejado libre mi pensamiento, hubiera caído en un estado frecuente en mí. Divagador por costumbre, como si las palabras trajesen a las palabras, y una imagen a otra, quizá dónde llegaría tomado de un brazo tan inesperado y fresco.

—Te quedarás cerca de la ventana y entrarás cuando avise. Haz el menor ruido posible y todo irá bien...

Yo vivía en calle San Lorenzo. Cuando llegamos, como si tuviese pensamientos de pureza discutible, temí cometer imprudencias sospechosas. Quizo mi fortuna que nadie me viera y un momento después, entre confuso y decidido, hice entrar a Lucía.

—Esta es mi pieza. Me ibas a contar tu historia, pero te ruego que no lo hagas. Estoy a disposición tuya. Te ayudo sospechando apenas que hago bien... Eso me basta.

Lucía se sentó en el borde de la cama y miraba los muebles como hacemos todos cuando entramos en una casa desconocida. No era ya tanta su inquietud; además, las mujeres habituadas a correr riesgos en menesteres de

amor, tienen una manera particular de introducirse en las habitaciones de solteros. Lucía, a pesar de su desenvoltura, no amenguó un punto mi estimación. Al contrario, tonificó mi ánimo. Me miraba sin saber qué decirme y para evitar cualquier embarazo, salí a buscarle alimentos.

Iba contento, casi feliz. Me enchía el corazón la bondad fundamental. Porque comprenderéis bien que hay diversas bondades, unas mansas, bondades de duendos; y otra hidalga, constructora, que se manifiesta en acciones animadas casi por la belleza. Eleva el alma y nos torna resplandecientes. Es una bondad de consecuencias desastrozas... Pero vale la pena sentirla fecunda cuando es capaz de clavar un como rejón en la general rutina que arrastra al mundo de timoratos y egoístas. Ser perverso e inmoral —en el sentido de falta de integridad del espíritu— es fácil en un ambiente donde la bondad fundamental y el desprendimiento son imperdonables... Comunmente no suele comprenderse toda la significación de un gesto de honda humanidad.

Lucía comió sin muchos deseos y a mí me pareció conveniente demostrar buen apetito pues no sabía qué decir. La miraba y se me ocurría un pensamiento tan fuera de ambiente que por un instante me creí imbécil. "Las mujeres suelen ser deliciosas y también infinitamente perversas; de manera que nos aventajan, pues los hombres raras veces nos mostramos deliciosos..." Comprendí perfectamente cuan grande es el aislamiento en que vivimos y cómo nuestro desenvolvimiento individual en la sociedad, sólo nos permite conocer de los hombres, exterioridades insignificantes.

Por dos razones quise seguir desconociendo la historia de Lucía y guardé silencio obstinado: por discreción extremada y sobre todo, por no arriesgarme a oír cualquier verdad más o menos condimentada. Algunas cosas dijo y respondí con la misma sencillez. Pero allí estaba ella, con su bello rostro de expresión torturada, y aquí yo, con mi cerebro aferrado a un tonto deseo de reflexionar.

—Mira, dije por fin, yo saldré para dor-

mir en cualquier sitio y vendré muy de mañana.

—No, quédese. Yo no temo y además, estoy enferma... contagiada.

—Enferma... ¿Y te curas?

—No, me trajeron engañada y quiero curarme antes de volver a mi casa.

—Y tú mientes a tus padres.

—Sí, tengo que mentirles.

—Un amigo mío es médico. El te ayudará.

Lucía me miró con infinita expresión de agradecimiento. Creo que dijo todo lo que puede decirse a un hombre a quien se supone muy bueno, muy atento y muy cariñoso.

A la mañana siguiente, la acompañé hasta el sanatorio de mi amigo. Quedó internada durante una semana. Todos los días le llevé un ramo de flores, pequeño, barato. Pocas monedas me bastaban para convertirlas en colores armoniosos, frescos y perfumados. He conversado con ella como lo hace un hombre de costumbres sencillas que ama la vida, y sin poseer gran cosa de que disfrutar, tiene para sus goces unos libros, parques públicos, un río

donde oír y ver la corriente del agua, y un empleo de escaso sueldo.

No sé si le he despertado, con poca prudencia, esperanzas muy sonriente en la bondad de vivir.

Lucía vino a saludarme en la noche víspera de su partida. Sólo una frase de las que dijo, puedo retener con claridad. "Esto me pasa por haber querido ser feliz..."

Era muy jóven y bonita, de manera que sin dificultad se mostró alegre. Además, daba la impresión de sentirse como ante un camino abierto y libre.

La despedí contento y salí a caminar bajo los árboles del paseo más cercano. Y allí deambulaba con mi tonta manía: ella había dicho: "Esto me pasa por haber querido ser feliz".

Irrefrenablemente se me escaparon los pensamientos, tentado por el tema de la alegría y la felicidad. La primera, fresca; la segunda, cálida. La alegría es como cascada bulliciosa que rueda de las cumbres y desaparece en una grieta encubierta. Pasa y casi nada deja de sí. Es espontánea, irreflexiva y salu-

dable. Necesita de movimiento y sus expresiones son la risa, el brillo de los ojos, la soltura del gesto. Es breve y se la olvida o por lo menos se la puede olvidar. No es menester que resulte de nuestra personalidad. Por eso todos hemos tenido momentos de alegría. En esto se diferencia de la felicidad. La felicidad es un goce disfrutado con calma y es profunda. No puede estar a flor de labios, sino hondamente en nuestro corazón. Participan de ella todos nuestros sentimientos de placer y su espontaneidad es limitada. Exige una elaboración previa en nuestro ser, y no todos los hombres la pueden disfrutar. Para algunos permanece como una falaz desconocida, por motivos que los inducen a llamarse naturalezas desdichadas. Agrego que la felicidad es serena, y cuando más profunda, más silenciosa. Por ella suele vertirse el privilegio de una lágrima... No sé a qué llamará Lucía ser feliz... En estos momentos, se estará preparando para hacer el viaje en cuyo final, quizá la espere una nueva desdicha que tomará más serenamente.

Estaba ya a la puerta de mi pensión. La

realidad brutal de la dueña se denunciaba por el tufo a fritura que invadía todas las habitaciones...

—Señor López —me dijo luego— usted trae a mi casa mujeres perdidas. Sepa que aquí viven personas decentes y que usted me adeuda dos meses de alquiler...

Guardé una muy oportuna reserva mientras mi rostro se revestía de amable dignidad. El canarito inició un tímido gorjeo nocturno; y en la habitación vecina, una madre cantaba con dulzura, procurando dormir a su niño.

EL PODADOR

I

Hacía ya veinte años que Don Pedro, cuando finalizaba mayo, iba a la Comuna del pueblo, más que a recabar órdenes, a comunicar que iba a iniciar la poda de los árboles: paraísos en las calles apartadas; plátanos en las centrales; pinos, ligustres y un magnolio en la plazuela. El poblado no tenía más que algún millar de habitantes. El los conocía a todos, y todos le llamaban "el Podador".

Un título magnífico; timbre de su orgullo.

Consideraba casi suyos los árboles del pueblo. A muchos los había plantado cuando, a los cincuenta años, ya sus brazos apenas si servían para más. Trajo paraísos de los contornos y cavó los hoyos y, con mayor respeto,

deshizo la envoltura en las raíces de los pinos, comprados en el vivero de Santa Fe.

Con los pinos estuvo solemne. Cuando con los años los veía crecer vigorosos, le satisfacía pensar que, con la ayuda de sus rústicas manos habían producido esos milagros de frondosidad y elegancia. Aun cuando no fuera época oportuna y sin que se lo mandaran... ni que le pagaran, al pasar junto a ellos, les quebraba las ramitas secundarias, las torcidas o las secas, para que no tomaran aspecto desalineado. En el pueblo, no habría jamás pinos como esos!

Reconocía Don Pedro que a uno lo miraba con desdén. Lo habían ubicado en un sitio que a él se le ocurrió inconveniente. Por más que protestó y se opuso, el pino fué plantado como quiso el presidente de la Comuna.

¡Ese, no sabía nada!

Y allí estaba ahora el árbol, ocultando el sol a un rosal pálido, enfermizo, impidiendo que desde el ángulo noroeste se viera una parte de la estatua gris, única, con el busto de Belgrano.

Ese pino fue un error que Don Pedro,

irreductible, no perdonó. Y si alguna vez re-funfuñaba junto a su tronco, el nombre del presidente nunca resultaba ileso...

II

En los primeros días neblinosos de mayo, el podador, afilaba sus serruchos. Sus nietos, dos cachidiablos, lo espiaban y reían oyéndole monólogos interminables: el viejo disputaba con su hija y con su yerno, disputaba a su gusto, solo, enfurecido a veces. Aprovechaba su trabajo para decirse todo lo que ellos no le oirían jamás.

—Esta Luisa, ¡para qué me teje medias de lana! ¿Soy acaso un viejo? Las medias de lana no me gustan. Guillermo, es un tonto, compra todo más caro de lo que vale. ¿Quién me habrá usado esta lima? En esta casa no soy dueño de nada. Cuando uno es viejo, siempre estorba. Sí, voy a cortar los paraísos y le daré las ramas a Filomena cuando llegue a los de su vereda.

—¿Qué hacen ustedes allí? ¡Se ríen de su abuelo! ¡Fuera de aquí, demonios!

...Y los serruchos, lucían ya la traba re-
luciente.

Se entretenía también Don Pedro en su huerta. Hileras de salsifíes y acelgas, mas largos surcos de patatas, daban a la familia abundante alimento, y de vez en cuando, pequeñas ventas a los vecinos, proporcionaban monedas para vino y tabaco. Los niños participaban del escaso producto, por eso el abuelo mantenía siempre su patriarcal jerarquía...

Solían, no obstante, destrozarle el espanta pájaros, por gusto de ver bambolear la cabeza del muñeco y de derramarle el aserrín del vientre.

El abuelo, en esto, los creía ángeles inocentes y los llamaba para reparar juntos un daño tan inexplicable.

—Son los perros, abuelo— y el grotesco figurón tomaba formas y volvía a balancear brazos y patas.

Como dentro de la casa no podía estarse un momento quieto tomó Don Pedro la costumbre de carpir para los vecinos. Les podaba los rosales, practicaba injertos en naranjos y durazneros.

—Don Pedro, venga a limpiarme el jardín.

Y Don Pedro, de un matorral, descubría a la luz canteros con malvones, tacos de reinas, claveles. Trazaba atajos, clavaba monitores, plantaba sarmientos. Todo lo hacía por unos pocos pesos que aceptaba con displicencia, señalando al jardín:

—Vea aquella parra, se trepará en el manzano...

—¿Cuándo comienza a podar los árboles don Pedro?

—Eh, pronto. Las hojas comienzan a caer. Habrá mucha leña este año porque voy a tronchar los paraísos. Ya están muy altos.

—¿En su casa tiene muchos jazmines?

—Llenos de vida. Todos los arbustos cargarán como para reír de gusto. Se lo dije al cura para que rabie... Luisa no me va a tocar uno solo para la iglesia...

—¡Cómo!, ¿se enojó con el cura?

—No, no, pero si su sacristán sabe tanto de plantas, que se los dé él...

De la huerta especialmente protegida por

Dios y cultivada por el sacristán, le nacía a don Pedro la suspicacia...

III

En verdad, comenzaban a caer las hojas de los árboles y en las copas amarillentas, había ya algunas ramas desnudas. El podador, reparó en su casa un escalón de su vieja escalera. Su nieto menor lo seguía.

—Alcánzame los clavos, Pepín.

—Abuelo, ¿yo voy a ir con usted?

Y mientras el anciano martillaba, el niño sostenía, sin necesidad, un extremo de la madera.

Pensaba que yendo con su abuelo para amontonar las ramas cortadas adquiriría singular importancia. Del orgullo del anciano, había un poco en su corazón...

Mas ocurrió lo que nunca en sus veinte años de podador oficial pudo imaginarse don Pedro. Llamémosle contingencia cívica a la causa de su venidera amargura.

La provincia tenía que elegir su futuro gobernador. Los comités, abrían sus puertas

a la tentación de los vende-votos; y los politiquillos sin Dios, patria, ni puesto, huzmeaban en sus umbrales...

La Comuna, estaba atareadísima. El presidente había prometido al Doctor ganar todo su pueblo para la elevada causa de su candidatura. Porque la provincia necesitaba, necesitaba... ¡Bueno! ¡Necesitaba que ganara el Partido!

Comenzaban a despertar de su sueño las aplanadoras de caminos; ocho peones, ocho libretas. En la comisaría, se arreglaba ya la vereda: cuatro libretas. Quizá convendría desbrozar todas las calles de los alrededores: diez libretas.

Estaba el presidente salvando a la Comuna, cuando llegó don Pedro.

—¡Eh! Don Chocarro, cuando comenzamos a podar!

—¡Ah! Caramba, caramba... ¡La plaza! Me olvidaba de los árboles... ¡A ver! Venga mañana don Pedro...

—¡Qué mañana! ¡Ahora mismo puedo comenzar por la plaza!

—No, don Pedro... Este... Tengo que

hablar con el secretario... venga mañana, don Pedro.

—Bueno, vengo mañana.

Le parecía imposible que tuviese que insistir para cortar los árboles cuando sólo él los conocía como a las palmas rugosas de sus manos, a uno por uno, desde que eran pequeños gajos apenas con vida...

Protestando en voz baja, se puso el sombrero y salió de la oficina. El presidente, se sintió inspirado; su numen político resplandecía:

—Che, Gómez, vení. ¿Cuánto le pagan a Don Pedro para podar?

—Quince pesos... creo.

—Ya está. Llamálo al negro Barrera y a Alejandro...

IV

Una tarde, lleno de estupor, don Pedro vió a dos mocetones que subidos a sendos árboles, serruchaban las ramas. El puntazo lo

sintió en el alma. Fué como si se le derrumbara una parte de su vida, la más íntima, la más suya; la que lo ligaba con orgullo a su oficio revestido por él, de jerarquía. Vió y no quiso creer. El presentimiento lo paralizó. Las ramas caían y el golpe, resonaba en su corazón. Sintióse vacío y desarmado; y como había reclamado varias veces por el comienzo de su tarea, el recuerdo de las reticencias, le aclaró la catástrofe... Era sí una catástrofe, uno de esos dolores que se sienten más hondos en la ancianidad, cuando se comprende que serán los últimos. No tenía ya objeto su orgullo y su orgullo de arboricultor, era el que le sostenía con amor sobre la tierra. Sus manos temblaban. Todo el pueblo perdía ya la razón de su existencia en él. Quizá llegaran también a mofarse de un pobre viejo...

Como la herida era muy profunda, no sintió despecho, ni odio, ni rebeldía. Caminando muy lentamente, se retiró a su casa y se encerró en un silencio pertinaz; y él, que animoso era capaz aún de subir a un árbol, apenas si podía sostener ahora su cuerpo.

... Esa tarde, quitó algunas ramitas secas a un rosal; sin aliento, ensimismado. Tal día puede contarse como el primero de su silenciosa agonía...

UNA MUERTE ALECCIONADORA

He sido un cazador apasionado desde muy joven. La afición me poseía en tal forma, que en épocas de caza, no permanecía ni un domingo en la ciudad. Durante los inviernos, por las perdices, y en los meses de verano, por los patos. Palmo a palmo he recorrido campos del sur y norte de Santa Fe. De Entre Ríos, Santiago del Estero y Córdoba, conozco solamente las estancias donde abundaban martinetas. Como todo cazador que se estima, poseía a fondo lo que con mis amigos, llamábamos "la mística". Es decir, contaba hazañas innumerables del perro; casualidades, tiros asombrosos, leyendas de cazadores, y a quién estuviera en trance de escucharla, le contaba la historia de

mi piel de guasuncho. Dentro de "la mística", estaban comprendidas las cantidades inexactas de aves cobradas, quiero decir, que cabía la mentira entusiasta...

Aun conservo la sensación olfativa de los esteros: olor a camalotes y totoras; y puedo imaginar un horizonte en cuyo fondo, sobre las aguas, se dibuja la bandada de patos; se aproximan, pasan, y tras el estampido, caen los alcanzados... Esto, es casi "mística".

Pero no me entusiasman ya los recuerdos de mis excursiones y tengo para todos los animales, un cariño entrañable; ni siquiera puedo estar presente cuando mi señora —que lleva muy guapos sus sesenta años— mata una gallina. Me apena, me duele. Ya no tendría ánimo para apuntar con la escopeta ni a un ratón.

Hace muchos años que he dado libertad a todos mis pájaros. El día en que les abrí las jaulas, fué para mí trascendental, tanto, como si hubiera cumplido un primer acto de amor entrañable; como si diera un paso definitivo hacia una nueva concepción de los sentimientos vitales.

¿Cuál fué el origen de este despertar dulce y hondo?

Lo recuerdo bien. Fue angustioso, desolador. Hace —caramba cómo vuela el tiempo— casi treinta años, en una tarde de julio, hermosa, llena de sol, apropiada para salir al campo, dos amigos me invitaron a cazar. Como tenía un hijo muy enfermo, vacilé; pero, dominado por mi afición, alisté mi escopeta. No se opuso mi mujer, pues comprendía bien cuánto me agradaban las cacerías. Salimos.

Dije que la tarde era hermosa, y en efecto, apenas si cortas brisas movían los pastos, que la intensa claridad tornaba maravillosamente verdes. Las melgas, en otros terrenos, se prolongaban —fajas tendidas en la aradura— trazando rutas a la abundancia de perdices. El perro, laborioso como nunca, las paraba con exactitud, de manera que yo no erraba tiros. Había ya caminado por espacio de dos horas y el morral, estaba repleto. Caminaba dentro de un potrero de alfalfar antiguo. La tierra, apenas herbecida, era lisa y estaba casi limpia de matorrales. Mi perro corría sin cesar y yo, desprevenido, había apo-

yado la escopeta en un hombro. Inesperadamente, a escasa distancia, una liebre, sorprendida, huyó veloz. Automáticamente, como hace todo cazador, aboqué los caños y disparé un tiro ¡Erré! Y disparé el segundo... ¡La liebre siguió corriendo aparentemente ilesa! Era una lástima. De cobrarla, hubiera completado una magnífica cacería. Permanecí mirando como huía. A unos trescientos metros, se detuvo. Era raro, pues suelen atravesar campos hasta perderse de vista. Temeroso de que hubiera nuevamente, caminé hasta un grupo de paraísos, y tomando como punto de referencia un único yuyo que sobresalía en dirección hacia donde se detuviera, me senté para esperar. Llamé el perro, pues no la había visto. Dejé transcurrir unos quince minutos con esperanzas de que la liebre, al no verse perseguida se calmara y me diera una nueva oportunidad. No había salido del terreno; allí, próxima al yuyo, debía estar aún. Dando un amplio rodeo, me fuí acercando. Lista la escopeta; el ojo avisor. ¡No erraría esta vez! Me aproximaba mas y mas. De un momento a

otro, debía saltar. Y cuando estuve mas cerca aún, detrás del yuyo, la vi...

Fué una desilusión. Estaba muerta. Yo esperaba verla correr como si fuera un enemigo burlón; esperaba alcanzar un triunfo, y me vi frente a una derrota. Sí, estaba derrotado. La pobre liebre había muerto alcanzada por las municiones, encogida, débil, insignificante. La alcé anonadado, como si el contraste de mi ánsia, con la poquita cosa que era el animalito tibio aún y sangrando por el hocico, me hubiese colocado frente a mi alevosía. No sentí ni la mínima emoción de cazador, ni el más insignificante orgullo por haberla cobrado; ese orgullo placentero del tirador eficaz. La liebre, muerta cuando la creía capaz de escapárseme por segunda vez, me había derrotado irremediabilmente... No, no fué el cazador quién la alzó; fué el hombre puesto ante la evidencia de un daño brutal, casi estúpido. La sangre me manchó las manos, e hice lo que jamás había hecho: me las limpié como temeroso de que su ardor maligno, me las oradara. No obstante mi desaliento, la puse en el morral, ¿qué otra cosa iba a hacer?

Pero no seguí cazando; estaba desmoralizado y para colmo, inexplicablemente, comencé a pensar con tenaz insistencia en mi hijo enfermo. La muerte de la liebre, caída lejos de mí, sangrando por el hocico, mató mi alma de cazador. Creí que sería una impresión pasajera. Procuré regresar contento con mis amigos y comenté vivamente cada tiro a las perdices, pero, en el fondo de mi corazón, se había abierto una brecha.

Regalé la liebre. Por la noche, tuve un sueño atroz, uno de esos fenómenos oníricos angustiosos, conturbadores, tan profundos que parecieran tener raíces en cada una de nuestras venas.

Soñé, que, en el mismo campo donde disparara contra la liebre, había una casa rodeada por huertas. Una señora, robusta, rosada, de mirar intencionado, me ofrecía conejos; pero como estaban en libertad, debía cazarlos con mi escopeta. La llevaba en mis manos cargada. Salió uno y apunté; iba a disparar, pero simultáneamente el conejo se irguió, tomó formas de niño y un largo chorro de sangre le salió del cráneo...

Bajé el arma aterrado y miré a la señora. Ella me sonreía.

—¡Tírele, tírele! ¡Mátelo!

El conejo había desaparecido. En el sueño, me supuse presa de una terrible visión. Caminé para que saliera otro conejo real, conejo de verdad... ¡Uno blanco, de largas orejas, corría entre dos surcos!

Apunté, y al disparar, como el anterior, se transformó en un niño. El tiro le había partido la cabeza y una extensa mancha de sangre cubría el suelo...

Desperté sobresaltado. Tremenda angustia me anudaba la garganta. Mi señora despertó también.

—¿Qué te pasa? dijo. —Has gritado...

—Nada, un sueño horrible...

No pude volver a conciliarlo. Temía caer en la oscura zona donde dominaban visiones espantosas; y a pesar de estar despierto, en la oscuridad, creía sentir la presencia del niño con el cráneo despedazado... Cerraba los ojos, y una tremenda confusión de imágenes, se me agolpaba: el conejo, el niño, la sangre... Me zumbaban los oídos y me dolían las sienes. Me

parecía estúpido despertar a mi señora para conversar o levantarme.

Pasó la noche angustiosa. Cuando una leve claridad se hizo en la pieza, cerré los ojos y, cansado, pude dormir durante las dos horas que me faltaban para ir a mi trabajo.

A la semana siguiente, me invitaron a cazar. Disimulé un pequeño sobresalto y me excusé. Temía, temía dolorosamente la visión trágica del sueño. ¿Y si en la realidad saliera una liebre y de pronto el espanto, como una fuerza vigorosa, recóndita, me hiciera proferir gritos en medio del campo? ¿Si yendo con mis amigos, sabiéndome despierto, en posesión de mi conciencia y caminando sobre suelo conocido, traspasara los límites de la realidad y en cada perdiz o liebre viera niños, niños destrozados por los tiros de mi arma?

Me negué a ir. Pasé otros días en el campo, sin mi escopeta. A veces, iba a orillas del río, con mi familia, y me alegraba paseando, mirando los árboles y los pájaros. He visto con detención cómo las cardenillas tejen su nido en las chilcas; oí cardenales cantando en libertad, y me parecieron más hermosos, más

radiantes que los míos encerrados. Eran meses de primavera y un día, llamé a mis dos hijos; tenía entonces el mayor, trece años, y con ellos, abrimos las jaulas.

Cardenales, tordos, dominóes, volaron a los árboles en inesperada libertad. A los niños les parecía inverosímil, pero rieron conmigo. Hoy son hombres, y me complace saber que no tienen afición por la caza, aunque me duele más, verlos negociantes tan expertos...

Cuando los visito, les pido siempre un gran paquete de alpiste. Ellos se ríen de mí; creen que a mi edad, es chochera arrojarle semillas a los gorriones...

DETRAS, LAS RUINAS

NAVARRO, desde Villa Ana, iba a los obrajes de La Forestal, en el tren de la Compañía. Mas de cincuenta peones se apiñaban en las vagonetas, algunos sentados, otros de pie. Hablaban a gritos un duro lenguaje en el que mezclaban castellano, guaraní y pocas palabras quichuas. Correntinos, santiagueños, santafesinos y, unos que otros, paraguayos que bajando el Paraná habían trabajado también en Formosa y en el Chaco.

Iban con sus fardales de ropas y enseres, vestidos con camisas o blusas de campo, recubiertas las piernas con monteras de lona.

Cuando el trencito cruzaba por algún claro del monte donde lo esperaban más obreros,

los peones proferían gritos y vivas que se perdían en el silencio aplastante de los árboles.

Navarro iba callado, en un extremo de la vagoneta. Le molestaba la alegría torpe. Tenía en la cabeza un pensamiento fijo, y como presentimiento de cosas que terminaban para él. Iba al obraje porque no podía hacer otra cosa. ¡Cómo quedarse en el rancho con Juana! Se les habían terminado las provisiones y tenía que trabajar.

—Quedate Navarro, estoy mala...

No pudo encontrarle curandera, y Juana, dolorida del vientre, quedó sola.

Hacía casi tres años que andaban juntos. Levantaron el rancho, por última vez, a una legua de Villa Ana cuando se conchavó para desenterrar raigones de quebrachos. Así que concluyeron la limpieza del terreno, y cesaron los trabajos, quedaron aislados, rodeados por la selva, al pié de un guayacán. Vivieron un mes comiendo charqui hervido...

Ahora, se iba a los obrajes.

—Quedate aunque me castigés Navarro. Estoy mala... No pensés en el gringo que te

juro por vos que no te engañé. ¡Sos testarudo Navarro!

¡Eso también! Como acorralado por sus imaginaciones, se empeñaba en sus celos. Le suplicaba Juana y cuando la vió humillada hasta el llanto, salió para la picada.

—Bueno, me voy...

El pensamiento de Juana, le dolía en la cabeza. Para olvidarla, se esforzaba en recordar su vida por los secadales de Santiago, y cuando anduvo quince días Salado abajo, sin rumbo, hasta que lo recogieron indios de los alrededores y lo llevaron a una estancia, y después, volvió a viajar hasta conchavarse en Cruz del Eje. Le fué mejor entonces... ¡Y Juana otra vez! De allí la trajo, enamorado, arisco siempre, y de tumbo en tumbo, llegó a Reconquista. Trabajó en el atracadero del próximo puerto fluvial. No les faltaba comida y compraba ropas para Juana cuando podía. Pero tranquilo, nunca.

Una tarde le había dicho Juana:

—Hoy vi a López. Aquél de la comadre de Córdoba. Anda por acá...

—Bueno...

A los dos días, se fueron al norte. Allí estaban desde hacía un año, luchando a brazo partido con la pobreza y sin entenderse. Cuando él conversaba tranquilo, Juana le decía:

—Sos bruto Navarro... —y reía.

Sí, le había perdido miedo. Sintió que comenzaba a odiarla. Lo esclavizaba. No pensaba en otra cosa y trabajaba rudamente, más que si anduviera solo. Siempre lo mismo: el monte, la proveeduría, la pobreza y la carcoma de su odio. ¡La odiaba! ¡Sí, la odiaba!

* *
*

Derrivaba quebrachos. En medio del monte repicaban las hachas con golpe seco, igual; y luego se oía el ruido de las ramas al desplegarse los troncos. Los tábanos agujoneaban las carnes de los hombres desnudos hasta la cintura. En las monteras se clavaban las espinas de cactus y chulquis.

El grito de los picadores acuciando los bueyes, se perdía con el chirrido de los cachapés cargados.

Navarro, reconcentrado, trabajaba como bestia. ¡Ya no era vida!

El rancho se vendría abajo con la primera tormenta; filtraba agua por todos lados por insignificante que fuera la lluvia. En sus paredes agrietadas, tejían las arañas, las mismas que al amanecer dejaban sus telas brillando al sol, entre ramas espinosas.

En cada rincón, olor a miseria. Juana estaba embarazada y por cualquier cosa, le llamaba bruto.

Sí, se había abrutado. No tenía como antes ese gusto enorme de andar y de reír, de hacerse amigo de la gente. Y como nunca, tenía las manos doloridas por callos durísimos que ahora se le partían.

No sabía por qué estaba en el monte hachando de la mañana a la noche. Cuando hablaba, su voz, le parecía un gruñido. Poco a poco, toda su vida, le iba envenenando la sangre.

Quería olvidar la miseria de su rancho y olvidar también a Juana, como a un fracasado...

* *
*

El tren estaba listo para partir y Navarro no aguntó más.

—Me voy a Villa Ana, capataz, deme el vale...

—Cuántos días estuviste...

—Cuatro.

—¡Tomá!

...Y subió a la vagoneta con el vale de seis pesos. Iban cruzando la picada. Las ruedas traqueteaban sobre los rieles a desnivel. Era como salir de un escenario donde se dejaban enterrados compañeros, y esperanzas rotas. Pedazo de tierra fértil para el sufrimiento, como casi todo el suelo del mundo. Pero aquél, peor. Sin alegría, sin horizonte; perdidos los hombres en cuevas verdes, espinosas, hachando sin cesar. Selva a la que se le iban quitando quebrachos con dolor, hasta con agonías.

Navarro la dejaba sin pena ni alegría.

En Villa Ana cobró el vale e iba a beber. Un hombre robusto, en la puerta del almacén, preguntaba a gritos, quién quería ir al atracadero, en el Paraná, a cargar troncos. Navarro, apenas si pensó.

—¡Yo voy!

El Paraná, de puro ancho y lento, corría majestuoso. Sobre ambas orillas crecían vegetaciones tupidísimas, de un verde intenso. Algunas bandadas de tordos lo cruzaban y se perdían entre los árboles de Corrientes. El aire fresco parecía seguir, sobre las aguas, el curso del río, y movía, en su empuje, las ramas de las riberas...

Nuestro hombre trabajó todo el día, y como una nueva esperanza lo refrescaba, empeñoso hasta el denuedo, no se tomó descanso.

Al caer la tarde, el barco zarpaba rumbo a Santa Fe. Se negó a cobrar, siempre que lo llevaran como peón de la Compañía. Y cuando el agua se enrespó, espumosa, junto a la hélice, se sentó en la cubierta para ver cómo en el horizonte iba desapareciendo un grupo de palmeras. Las sombras comenzaban a confundir todos los árboles y apenas si relucía el río con el fulgor de la luna que se alzaba.

Navarro respiró con fuerza, y mientras el barco navegaba sereno, bajó a las bodegas a descansar....

MERODEADORES

I

Cierta vez aparecieron bajo la arcada del puente Mihura, sobre el río Salado, dos moce-tones. Traían en sendas bolsas los escasos en-seres indispensables para sus vidas vagabun-das. El más alto esgrimía un garrote y el otro, medio envuelta en tiras de arpillera, una esco-peta lamentablemente herrumbrada. Ambos eran delgados, signo de largas penurias. Ves-tían tan mal que poco faltaba para que mos-traran las carnes.

El alto dijo:

—¡Eh! infame, ¿hacemos campamento aquí?

—Como quieras hermano...

—Este es un buen sitio para resguardarse de la lluvia.

No tardaría en caer. Viajaban con lentitud, extensas nubes blancas y por el sur, se levantaban amenazantes signos oscuros de tormenta. El río, en plena creciente, corría pesado, turbio, silencioso y de cuando en cuando, se oía un golpe: en la superficie quedaban, por un instante, los círculos en cuyo centro, se había sumergido un pez.

Los dos compañeros cortaron yuyos, limpiaron varios metros cuadrados de tierra y extendieron unas bolsas. De los gajos de algarrobos próximos entresacaron las ramas secas y la amontonaron contra el muro. Cavaron un poco la tierra, para utilizar el hueco como hornalla. Pronto, con papeles y leña, se avivó flameando el fuego.

—Buscá agua, Flaco, aquí tenés la pava.

El Flaco, con pasos de gaudul, se acercó al río y sumergió el recipiente para colocarlo después sobre el fuego. Su compañero, que se llamaba Aquilino, o el Ñato, preparaba el ma-

te introduciéndole una vieja bombilla de hojalata.

Se había sentado sobre un tronco, como en el mejor de los asientos. Tenía enrojecido el rostro por el sol y la intemperie. De ojos pequeños, miraba con descaro o desconfianza.

El Flaco era moreno, de nariz aquilina, frente estrecha cubierta a un costado por cabellos lacios que le caían desordenados. Largos los brazos y manos amplias, sobresalían demasiado de las mangas deterioradas.

Un poco fatigados por la caminata y por los preparativos para vivir bajo el puente, permanecieron callados y uno después del otro, con pausa, sorbían mates.

El viento de la costa comenzó a agitar los árboles y bandadas de bandurrias con vuelo precipitado, pasaban sobre el río cuyas aguas encrespadas, levantaban turbia espuma contra los pilones del puente.

En los campos que se extendían a uno y otro lado de las riberas, los animales se agrupaban buscando refugio en los algarrobales. Gruesas gotas aisladas salpicaban sobre el agua. Amainó por un instante el viento y

cuando con renovados bríos agitó ramas y pastizales, una nutrida lluvia vista de lejos, se acercó rápida hacia el puente, cubriendo toda la extensión...

Los dos merodeadores apretujados contra el muro, quedaron mirándola tranquilamente.

—¡Hermano, habrá agua para rato...!

—Dejá que llueva, contestó con sorna, el de los ojillos.

Así, transcurrieron unas horas y cuando ya era inminente la oscuridad nocturna, ambos, con bolsas sobre los hombros, por la pendiente subieron al camino. Iban a ganarse el pan de cada noche...

Habrían andado quinientos metros del lugar, cuando descubrieron la primera casa de colonos. Se acercaron con gran precaución. La lluvia era delgada y el silencio completo. Reconocieron sigilosamente el sitio y luego, sin vacilación practicaron un rodeo a la casa. No ladraron perros ni se oyeron ruidos. El Flaco se rezagó sin decir palabra y el compañero, seguro, audaz, arrastróse hacia un grupo de árboles. Transcurrió un instante de honda expectativa y regresó rápido como un feli-

no. En las manos traía una gallina con el cuello retorcido...

II

Por la mañana despertaron temprano. El Nato caminó por la ribera mirando el agua y como oyera voces levantó la vista hacia el puente. Tuvo un instante de azoramiento. Tres individuos conversaban apoyados sobre la baranda. Sin el menor interés por despertar sospechas, se reunió con su compañero que activamente preparaba ramas para el fuego.

—Hay gente arriba.

—El puente es para todos...

—¡Pero ésta huele a policía!

No tuvieron necesidad de ocultar nada pues habían ya puesto a buen recaudo el alimento sospechoso... Disimularon la escopeta con arpillera y yuyos y esperaron pacíficamente. Dos angelitos no tuvieran el aire más inocente...

Oyeron el motor de un automóvil que se detenía y mirándose, mejoraron más aún la displicencia de los ademanes.

Por el río, a favor de la corriente, bajaban dos canoas; tres hombres arrojaban ganchos sujetos con alambres.

—Mirá, Ñato, esto es pezca mayor...

—No es para nosotros, hermano.

Recelosos, comenzaron a recobrase, cuando dos civiles se les acercaron:

—¿Desde cuándo están ustedes aquí? les preguntaron.

—Desde hace tres días... Mintieron con intención.

—¿No vieron nada ayer por la noche?

Más aliviado contestó Aquilino:

—No, no vimos nada... si podemos ayudar en algo... Somos buena gente...

—Se ahogó uno anteayer; más arriba, cerca del monte...

Una de las embarcaciones se había acercado atracando a la orilla.

—Está muy crecido —dijo el que guiaba— y se hace difícil el rastreo. En siete horas el agua debió arrastrarlo, por lo menos, más allá del puente.

Uno de los pesquisantes subió a la canoa e hizo remar hacia el centro de la corriente.

Pronto se les unió una tercera embarcación, y todos, agitados, arrojaban continuamente los ganchos para rastrear. El agua corría con pesada mansedumbre. De trecho en trecho, algunas ramas sobresalían llevadas por la corriente. Se hacía cada vez más intensa la claridad de la mañana y apenas si sobre los campos y a lo lejos, sobre el río, se levantaba tenue neblina. El Ñato y su compañero miraban a los buscadores como si se interesaran por el cadáver.

¡Ellos sabían bien que, enganchado en las ramas de un espinillo, había rozado durante la noche, la curva del río!

Al querer arrojar los restos de la cena, el Ñato creyó hallar flotando a la orilla ropas de vestir. Tiró de un extremo y sin turbarse llamó:

—¡Eh! hermano, aquí está el tesoro de Sobremonte...

Entre ambos le requisaron las ropas; le extrajeron un cuchillo envainado y algunas monedas de níquel.

—¡Esto sí que es mala suerte! ¡No creo ya ni en los abogados!

—¡Vamos! ¡A empujar esta basura!

Cuando el agua hubo recobrado a su víctima, los merodeadores, casi disgustados, apenas si miraron cómo el cadáver se sumergía definitivamente.

Mientras se secaban las ropas el Ñato no pudo contenerse:

—¡Y estaba gordo el infame...!

Aquel día, comerían guiso de pescado, o por lo menos, algo que se le parecía. Guiso por aproximación. Vientos de escasa suerte soplaban para ellos, pero conservaban buen humor.

—Flaco, ¿te comerías un lechón asado?

—¡Desalmado! ¡Me torturás!

—Confesalo: ¿Comerías pavo relleno?

—¡Ay! ¡Ay! Basta: confieso: lo comería.

En eso estaban cuando, salido de quien sabe donde, se apareció un perro. Alto, esquelético, ojos infinitamente lánguidos. Un perro con profundos elementos contradictorios. Apariencia de perro. Más hambre que perro.

—¡Alma mía, éramos pocos... y parió mi abuela!

—Infame, tenemos invitados a la mesa.

Lo llamaron con palabras cariñosas; lo que quedaba del galgo, se decidió: olfateó con lentitud y por fin meneó su cola. El Ñato tuvo una idea infernal...

—Hermano, donde comen dos pueden comer tres, pero debemos purgarlo...

Buscó la escopeta y con el extremo de los caños, removi6 la olla. Se le adhirió un líquido pringoso: la salsa del guiso.

—¡Eh! animal, vení a lamer esto...!

Le acercó los caños y el perro, sacando, tímido, la lengua, comenzó a lamer con suavidad, y cuando llegó a la boca de los caños, sonó el estampido brutal. Un tremendo aullido desgarró el silencio del río y el animal, con la mandíbula destrozada, se arrastraba huyendo desesperado...

Media hora habría pasado cuando los perdularios dejaron de reír, para comenzar a comer...

I V

Bajando hacia el sur del puente, vivía un pescador. Viejo conocedor del río, pescaba con

abundancia para mercaar en Santa Fe. Era hombre de buenas costumbres y ejercía su oficio con habilidad. Elegía los parajes adecuados para tender sus anzuelos en largos espineles. En las ramas de espinillos, algarrobos o cina-cina, que se extendían sobre el agua, colgaba **tramperos** con carnada viva para el zurubí. Por aquellos días picaba mucho y el viejo tenía repletos sus cajones, de manera que hacía sus recorridas con confianza. Al despegar su canoa de la orilla, lo animaba la seguridad de realizar una buena pesca. Sonreía al acercarse a las trampas presintiendo la agitación del agua bajo la rama en que pendía atada con firmeza la brazolada rípida, a cuyo extremo pujaba un dorado o un zurubí.

Aquella mañana le ocurrían cosas extrañas. A la primera trampa la halló descarnada.

—¡Palometas!, exclamó y después de reenarnar, remó a favor de la corriente.

Al divisar el segundo **trampero**, tuvo un instante de asombro: ¡el hilo se agitaba en el aire!

—¡Cortado! y sin embargo, estaba bien patillado...

Murmurando entre dientes, remó con fuerzas, recorrió todos los anzuelos de la orilla. ¡Ni uno solo tenía carnada!

Una tremenda duda le agitó el corazón. ¡Aquí roban! ¡Aquí hay gente que roba en los anzuelos! De dos espineles extrajo moncholos y armados.

—Sí, me han robado y es gente de a pie. En los espineles no falta nada, robaron a la orilla, en los **tramperos**.

Chasqueó la lengua y quedó un instante pensativo mientras empujaba los remos. Hacia el norte, siguiendo con la vista el río cuyas aguas doraba a trechos el sol, se elevaba la arquitectura del puente...

El viejo lo miraba con profunda desconfianza. Llegó hasta la ribera donde alzara su choza, puso la pesca viva en un cajón agujereado y semisumergido en el río; y sacuciéndose la ropa subió a su habitación. Inquieto, salió a la puerta; miró hacia los árboles. Con ademán pausado se quitó el sombrero y lentamente se rascó la cabeza.

—¡Los del puente...!

Decidido, bajó la barranca, subió a su em-

barcación y comenzó a remar costeando río arriba. Después de casi media hora, estuvo cerca del puente. La masa de agua, pesada, vigorosa, arrolladora, parecía llevarse en la superficie el ruido rítmico de los remos golpeando en las barandas de la canoa. Avanzaba con lentitud. Algunas gaviotas graznaron volando sobre el puente cuando el viejo y su embarcación desaparecían bajo la arcada. Observó el sitio donde acamparan Aquilino y el Flaco. Quedaban restos de papeles, ceniza, tierra aplanada y nada más.

—Pájaro que comió voló. ¡Esos limpiaron mis anzuelos! ¡Mala gente para los ríos...! Y volviendo la proa, se dejó arrastrar por la corriente tornando a su choza en cuya techumbre pajiza, llegado del monte, rumoreaba el viento...

LA IMPORTANCIA DE HAMILCAR LAGOS

Desde su cama, a través de la ventana abierta, veía moverse las copas de los árboles. Los veía bien; eran dos naranjos y un poco más hacia el sur, amplio ramaje del duraznero, comenzaba a reverdecer. Los miraba como si recién los descubriera. ¡Árboles de su casa!

Se sentía con espíritu dulcísimo, y como entraba en el período de convalecencia, creyó que ese instante, a los veintisiete años de edad, y postrado, era un instante feliz en su vida. ¡Vivir!

Sí, vivía. Respiraba y miraba los árboles...

Lo que Hamílcar Lagos sentía, era un po-

co de generosidad o un piadoso renunciamiento de sí mismo. Si hubiera sido de temperamento apasionado, quizá sufriera honda exaltación al respirar con lúcida conciencia el aire y abrir los ojos a tanta luz. Pero todo, no pasó sino como un instante de dicha pequeña, sin que faltase al cumplimiento de una formalidad exigida por su médico: una cucharada de espectorante... Como si se cerrase la ventana, olvidó definitivamente los árboles; también el duraznero de ramas que reventarían pronto en llagas sonrosadas, y en cuyo alcorque, con agua turbia, se bañaban dos gorriones.

Hamílear, era un hombre prudente...

* *
*

Serio, alto, formal se reintegró a sus tareas en el Banco de la Nación. Habló muy poco de su neumonía y trabajó mucho sobre las planillas. Cumplía una grave función al trazar con elegancia, los rasgos del número siete. Era la prolijidad consiguiendo maravillas de estética.

Nunca fué observado por incumplimientos, ni desmayó su armonioso ritmo de anotaciones. Tampoco dejaba que pasase un sólo día, sin que estudiara contabilidad.

Los días jueves, a las diecinueve, con un periódico debajo del brazo; llamaba a la puerta de la casa de su novia y exactamente a las veinte y treinta, se retiraba.

Cinco años después, registraba en su vida, dos acontecimientos importantes: ascenso merecido por su afanosa contracción al trabajo que le valiera, y por su ruego especialísimo, permanecer en la misma ciudad, donde pensaba contraer matrimonio con su novia a quien visitaba todos los sábados y domingos, y a cuya puerta también llamaba, con un diario bajo el brazo, los días jueves a las diecinueve en punto, y se retiraba a las veinte y treinta exactamente.

Receloso de su reputación y del respeto a su prometida, veía con placer que jamás su futura suegra los abandonara cuando pudieran exponerse a comentarios de sus relaciones íntimas.

Hamílear progresaba y además, iba ad-

quiriendo aplomo y ascendiente incuestionables. Su carrera sin obstáculos lo revestía de un brillo social que muy íntimamente, lo envanecía. Cierta noche, meditando sobre su propia vida, y después de un prolijo examen de su importancia, jalonó sus progresos con los aumentos sucesivos de su sueldo. Y decidió adquirir un automóvil con el que saldría a pasear a su novia acompañada por la señora mamá.

* *
*

Esto dejé escrito cuando azares de la fortuna, pusieron frente a mi vida ardiente, torturada, a una mujer maravillosa que me hizo sentir con Michelet, que una verdadera luz brilla allí donde amamos. No es prudente que intercale mi propia historia en la que quedó trunca en el papel. Basten las experiencias reflexionadas.

Fué un deslumbramiento, una introducción a la vida real, con la amargura de afrontar un destino inexorable. Traspuesta la pa-

sión, quedó enhiesta mi alma, ennoblecida, austera y rebosando gratitud sin ingenuidad. Fui alternativamente feliz con plenitud u oscuramente desventurado. A la hidra de prejuicios y ruindades, le arrebaté la pureza de mi corazón. Ya puedo mirar con serenidad la tierra donde vivo y donde luchan los hombres, sin restarles mis esfuerzos y uniéndoles mis esperanzas. Confío en la bondad del futuro y creo que veré algún día cómo mis hermanos trabajarán y encontrarán su dicha en el esfuerzo común, limpio de vilezas. Se darán leyes donde estarán contemplados también todos los derechos de vivir sin sacrificar estérilmente la propia felicidad. Un renunciamiento razonado de nuestra dicha, acendra virtudes. Con algo hay que llenar los vacíos que quedan... Agradezcamos pues que nuestro corazón sea capaz de infinitas perfecciones.

* *
*

Cuando después de tanto tiempo, he vuel-

to a releer estos papeles, he sabido algo más de Hamílcar Lagos.

Es un hombre respetable, sereno, que luego de almorzar, fuma un cigarro. Posee firmes conocimientos de contabilidad. Su armonioso trato con las personas, y un delicado concepto de su función, lo elevaron a contador del Banco, donde, después de un breve traslado, permanece más firme en su carrera. Parece que conceptos de origen pesimista, le han hecho dudar de las excelencias del matrimonio, pues el jueves, con un diario bajo el brazo, a las diecinueve, se introdujo en la casa de su novia y se retiró a las veinte y treinta, con toda la exactitud que le exige el mantenimiento puro de su ínclito decoro. Cenó con sus hermanas, y juntos recordaron la intitutriz que cuando niños les daba golosinas a escondidas de la madre, cuya imagen, de venerable severidad, presidía la mesa desde el cuadro colgado en la pared empapelada, absolutamente sobria. Hamílcar saboreaba una copita de Chartreuse. Era un goce permitido sin reservas dentro de su sueldo y casi exigido por su elevada condición. Ante sí mismo,

robusteció su sólida jerarquía. Con Chartreuse, era más importante aun.

Cierta vez opinó que, para un honorable empleado, no debería regir la disposición que les impide estar al frente de una sociedad. en cuyos estatutos no se prohibiesen los juegos de azar. . . .

Era un sueño suyo, un sueño de su vanidad, ser presidente del club Social.

Es lo único que encontró objetable, dentro del régimen reglamentario cuya armonía, nunca jamás contradijo con la mínima imprudencia. Y hasta se permitió no pensarlo con excesiva certidumbre. . . .

* *
*

Es indispensable que las personas decorosas mueran decorosamente.

Al cumplirse para Lagos esa fatalidad sin evasión probable, resulta alentadora mi confianza en la absoluta dignidad de su pulmonía. . . .

Mi hijo —que contra todas mis presunciones es un gran lector— muy socarronamente me dijo esta mañana:

—Papá, amigo mío, ha muerto Lagos...

—Bella persona... —contesté con infinita mansedumbre.

—Pero murió en un momento inoportuno.

— ¡...!

—Estoy leyendo un buen libro, bueno para mí, que soy radiante como el sol.

—Hijo mío, tú me imitas, pues apenas si te comprendo...

—Dice Barbusse que unas moscas muy menudas, las "curtoneuras", asedian al cuerpo algunos instantes antes de la muerte... Ciertas emanaciones le indican la inminencia de un suceso que va a procurarles una rebosante abundancia de alimento para sus larvas, y cargadas de huevos, porfían ya por depositarlos en las narices, boca y ojos del moribundo.

No bien cesa la vida, acuden otras moscas. Desde que el soplo de corrupción se hace sentir, acuden muchas más: la mosca azul, la mosca verde, cuyo nombre científico es "Lucilia coesar", y el moscardón llamado el "gran sarcófago", que tiene el tórax surcado de ra-

yas blancas y negras. La primera generación de estas moscas atraída por la espantosa señal, puede formar por sí sola en el cadáver de siete a ocho generaciones, que crecen y se acumulan durante tres a seis meses.

La piel del cadáver es entonces de un color amarillo tirando a rosa, el vientre de un verde claro, la espalda de un verde oscuro. O por lo menos, tales serían sus colores si no pasase todo esto en la sombra de la tumba.

Luego, la descomposición cambia de naturaleza. Sigue la fermentación butírica que produce unos ácidos crasos llamados vulgarmente sebo de cadáver.

—Hijo mío, científico estás...

—Recito, solamente. Linneo ha dicho que tres moscas consumen un cadáver tan pronto como pudiera hacerlo un león. Los bichos de los cementerios se suceden por períodos. Cada especie llega a su tiempo, de suerte que se conoce la edad de un cadáver por la clase de insectos que en él se ceba. Obsérvase así, al través de los cuerpos sin vida, ocho inmigraciones sucesivas, que corresponden a las ocho

fases de la fermentación pútrida, por obra de la cual se exterioriza poco a poco el interior del cuerpo.

—Amigo mío, la mañana es muy hermosa, corre afuera una brisa llena de delicadezas y si tuviese tu edad, me echaría a correr por el campo hasta alcanzarle el extremo, porque me figuro que arrastra nardos... Cierra tu libro, y que Hamilcar Lagos, descanse en su tumba...

ANTONITO

Antonito ,había nacido en una casucha de adobe y madera, en las afueras de una pequeña ciudad. Era un chico morocho y muy débil. Comía poco, porque toda su familia vivía en extrema pobreza, padres, abuelos, tíos. El padre, trabajaba de peón en el matadero, anegado en agua sucia, entre el fuerte olor de carnicería. Gastaba pantalones ordinarios y blusa de tela gruesa. Jamás calzó zapatos. Era un criollo sufrido y serio, que se emborrachaba los días domingo y entonces, dormía en el patio, en las bolsas de los perros o en el pasto donde comía su caballo. Ganaba treinta pesos por mes y debía mantener a la mujer, a Antonito y dos hijitas más. Para

colmo de miserias, el patrón, le pagaba "de a poco".

Antonito sentía que su vida era desgraciada, y cuando salía a correr por el campo, no hubiera querido regresar más a su rancho. Sentía miedo enorme del padre cuando, tambaleándose, gesticulaba parloteando palabras incoherentes.

Nunca pensó si amaba o no a su madre. Ella le pegaba y entonces el niño salía con un palo en busca de los perros y los azotaba sin piedad. Pero Antonito no era perverso. Sufría.

Porque ya el almacenero no les fiaba, una tarde la mujer dijo:

—Andá, sonso, pedile al patrón lo que te debe.

Y el padre de Antonito ensilló su caballo y fué a la ciudad. Iba pensando que la vida es "perra" para los pobres. Que se trabaja y se trabaja, para después morirse tísico en cualquier parte, en el catre, en el suelo, o en el hospital. Morir consumido en esta tierra donde los trigales extienden hasta el infinito las riquezas de sus espigas.

Tierras donde el ganado se multiplica innumerable y donde las minas dan sus tesoros a no se sabe qué manos. ¡Nacer pobre, sufrir y morir miserable! Esa era su vida.

Un automóvil pasó veloz y lo envolvió en una amplia nube de polvo. El criollo, escupió y siguió con trote aburrido.

En la casa del patrón, con el sombrero en la mano y mirando al suelo, pidió dinero.

—¿Cuánto te debo? le preguntó.

—Veinticinco pesos, patrón.

—Bueno, tomá cinco, y esperá hasta el otro lunes.

El peón, sintió que un sordo rencor le enturbiaba la mirada. ¡Cinco pesos! ¡Ganas tenía de hacerlos pedazos!

—Patrón, es poco...

—¡Cómo! ¡Es poco! ¡Negro pedigüeño, si no te conformás, andate y no trabajés más!

—Ta, bien, patrón. Ta, bien — y se retiró arrastrando las alpargatas.

Afuera, el sol calentaba las veredas y, en torno al caballo, una multitud de moscas volaba para posarse en las ancas. Las campana-

das del reloj de la iglesia sonaban en el silencio pesado de la ciudad inactiva.

El peón montó despacio. El ceño fruncido. La mirada torva. Un mechón de cabellos se le escurría bajo el sombrero. Comenzó a andar, con la mirada fija, hacia adelante.

“El Chorlo” se llamaba el boliche donde dejó el dinero y su rabia, a cambio de una borrachera.

* *
*

Aun los gallos agredían a la madrugada y los animales sueltos, en la calle se mantenían inmóviles. El peón montó a caballo y salió campo afuera. Por la noche, había dicho a la mujer.

—Mañana me voy a la estancia “La Enramada”, a pedir trabajo.

Con trote despacioso hacía camino. No le importaba que el sol, en un amanecer maravilloso, tiñera de sonrosado el agua tranquila de un estero; ni el aire fresco, ni el mugido de las vacas, ni el verdor de los campos, ni que

una bandada de gaviotas, describiera espléndido abanico, antes de posarse en tierras aradas.

Le parecía que toda su vida quedaba atrás y la que llevaba ahora, era peor. En la estancia, no lo conchabaron y siguió andando. Torvo, dolorido. Ni sabía cuánto tiempo hacía que trotaba. Quería llegar al pueblo vecino y apuró su cabalgadura.

En el pueblo, qué otra cosa sabría hacer que ir “a los negocios”. Preguntó por alguien que necesitara peón, pero nadie sabía donde podrían emplearlo.

Comió un poco de fiambre y se resistió a beber. Por la noche, fué a una jugada. Arriesgó los últimos cincuenta centavos. Ganó. Jugó el peso. Ganó hasta tener quince en el bolsillo. Con el dinero se sintió más seguro, pero algo se despertó de pronto dentro de él. Una sensación de libertad y de holganza. Sin pensarlo más, toda su familia, su mujer, y sus hijos, quedaron condenados a un abandono completo.

Se desligó, como quien arroja una carga molesta. Ahora, era él solo. No oiría más el

llanto de los chicos, ni las palabras duras de la mujer. Ni iría más al matadero. Escupió con asco. Estaba libre, y bebió unas copas.

Cinco días después, en medio de un tumulto, salvó su vida, pero había dejado tendido a un hombre, con tres puñaladas en el pecho.

* *
*

La madre, fregaba ropa y castigaba a los niños desde el amanecer, hasta la noche.

—Mala perra de vida.

Antonito estaba contento porque no veía a su padre llegar borracho. Una vez preguntó por él. Le dijeron que estaba en el pueblo, y desde entonces no se interesó más.

Le gustaba ir por las calles pidiendo pan. Así lo hacían sus primos y cuando él era muy pequeño, creyó una vez, que podría también salir a limosnear. Ahora andaba solo y vagabundeaba. Con trozos de ladrillos, rayaba automóviles nuevos, apedreaba faroles y perros. Vivía a su gusto. No le importaba lle-

gar de noche a su casa, porque nadie lo reprendía.

Pero a veces, otros niños que lo cruzaban, vestidos de blanco y útiles bajo el brazo, le dijeron: "negro limosnero". Creyó verles desprecio en los ojos y la boca, y reflexionó por primera vez. No podía estar orgulloso de ser limosnero; y mientras mascaba un trozo de pan, sintió asco. Se sintió solo en medio de la calle. Pensó que otros compraban panes enteros y él mendigaba pedazos. El comía sobras, como los perros que escapaban de las carnicerías con trozos de basofia, y recordó que un día, junto a un tarro de basuras, removió los desperdicios y extrajo un tambor roto. El niño se vió miserable. Estaba descalzo, y a su lado pasaban señoras que dejaban olores fraganciosos, perfumes inverosímiles. Le parecía que las señoras bien vestidas podían tener también niños limpios. Como su mamá nunca usó perfumes, él tenía que vestirse mal y pobremente. En su lógica elemental, se conformó a un pensamiento rústico: él era pobre y debía pedir. Era natural. Siguió caminando sin advertir que las horas pasaban.

Llegó a su casucha. La madre, al verle regresar con la bolsa vacía, le dió un tremendo pellizco.

—Sos vagabundo, como tu padre.

* *
*

En un rincón, sobre su jergón frío y duro, Antonito dormitaba. Cerca de él, las hermanitas dormían ya profundamente. El ladrido de los perros terminó por despertarlo. Se dió vuelta sobre el colchón de chalas y levantó la cabeza. Por la ventana abierta vió que un hombre abrazaba a la madre. Quiso gritar, pero una oscura intuición lo detuvo. El amigo ya había estado varias tardes tomando mates con yerba que él mismo traía. Además, lo conocía, trabajaba en el matadero.

Pensando y pensando se quedó dormido.

Una señora muy gorda, con brillantes en las manos y grandes anteojos sobre la nariz resumando abolengo, vino un día en busca de Antonito. Las damas de Beneficencia, ejercían el poder de su caridad.

Sin apelación posible, Antonito fué beneficiado; nadie pudo ni quiso impedirlo. Desde entonces, inició su vida de asilado.

Aprendió a formar filas y a marchar con los redobles del tambor. Como era reconcentrado, nunca jugó libremente con sus amigos. Lo llenaban de tristeza los corredores del asilo. Mientras comía sentado a la mesa común, le parecía sentir que dentro de sus oídos machacaban dos palabras: "negro limosnero". La comida era mejor que la de su casa; era mejor el pan y estaba limpio. Pero quería comprender por qué estaban encerrados tantos niños junto con él y llegó a esta conclusión: "todos los padres de ellos, eran borrachos y asesinos". Antonito, vivía triste. Pensaba en sus hermanitas y en la madre, pero más pensaba en él. Le enseñaban a leer y escribir. Con el lápiz trazaba líneas caprichosas y una tarde, sin que lo vieran, dibujó una cara...

Recordó que un día, sentado sobre un tronco, vió correr un caballo desbocado y le pareció que la cara y el caballo eran dos secretos de él.

* *
*

Tenía trece años cuando lo sacaron del asilo. Como siempre, se mantenía pálido. No era vivaracho. Sabía leer de corrido y rezaba todas las oraciones religiosas. No sabía para qué, pero le enseñaron a rezar y rezaba por las noches.

Toda la monotonía de su vida, se reflejaba en su honda mirada. Nunca le hablaban de la madre y recordaba poco de su padre. Le enseñaban a ser un hombre útil, se lo decían cada día, pero él, no sabía para qué podía servir. Lo sacaron del asilo y en un automóvil atravesaron con él, toda la ciudad. Cuando el campo comenzaba a diseñarse, tuvo la impresión de un retorno esperado. Sabía que lo llevaban a una estancia, y por un momento pensó que encontraría a su madre y a sus hermanas. Miraba la extensión de tierras cultivadas, como a un espectáculo nuevo. Mas, silencioso, no sonreía.

La estancia, tenía un edificio grande y galpones enormes. Miraba con timidez a las personas y contestaba brevemente. Antonio supo que desde esa tarde, su ocupación consistiría en secar platos y barrer pisos. En sus

oídos machacaban dos palabras: negro limosnero.

Un atardecer, se subió a las ramas elevadas de un paraíso y, haciendo un enorme esfuerzo, irguió su cabeza todo lo que pudo y abrió sus ojos, como para distinguir en el horizonte, el rancho donde su madre lo castigaba...

Se sintió desolado y miserable.

EL MATRIMONIO PASTORE

José Pastore tenía su chacra a dos leguas de la ciudad. Casa de estilo indefinido, a la que se añadieron piezas y galpón; árboles en torno y un terreno que rendía medianas cosechas.

Con su mujer, lo hacían producir a fuerza de tesón. No ganaban con alegrías el duro pan diario, antes bien, con el sudor constante de sus brazos. El regalo del hogar, fuente de sonrisas, eran sus hijos: un niño de cuatro años y una niña que hacía meses, interrumpiendo el trabajo de la mujer, había nacido como una rosa.

Despuntaba ya en el niño, el muchacho

travieso, y —decía la abuela— correteaba como demonio, tras los patos y los gansos.

Despertaba con el padre y para imitarlo en el corral, revoleaba con torpeza la lonja de su látigo. Lloraba a veces por seguirlo hasta el campo donde, para octubre, comenzaban a madurar lino y trigo.

No temía a los caballos, ni a los cerdos. Subido sobre el cerco de "palo a pique" les arrojaba espigas o gramillas.

Ayudaba también a buscar huevos, siguiendo los cacareos o el canto radiante de los gallos.

Era el orgullo y esperanza del padre. La niña muy pequeña aún, sólo sabía comer y llorar...

Fué una fresca mañana. Diciembre comenzaba a recalentar la tierra y el aire. En los campos asoleados, se extendían los rastros y los pastos, reseándose ya, ponían el fondo dorado en el paisaje lugareño.

La prosperidad de los Pastore, si no creciente, se mantenía este año con el rendimiento seguro de la cosecha.

Muy de madrugada, el matrimonio había

extendido en el patio, una amplia lona para aventar lino. El niño jugueteaba en ella dando tumbos y vueltas carneros. Espantaba a las gallinas que picoteaban a su alrededor y reía cuando, asustadas, levantaban tierra con su volido.

José, arremangada la blusa, traía sobre su espalda, desde el galpón, las bolsas de lino y las vaciaba; su mujer, en los fondos de la casa, con la niña en brazos, recogía en su cesto las mazorcas desgranadas por los cerdos.

Canturreaba en la mañana luminosa y para sentirse más aliviada hizo que la niña diera unos pasos, los poquitos que podía. Pero, desde la casa, un grito de su marido, uno de esos gritos que vibran entre el horror y la desesperación, hizo que corriera, desgarrada el alma, en el paroxismo de la angustia.

—¡Teresa! ¡Teresa! ¡El chico! ¡El chico que no respira!

José, aturdido, anonadado, lo sacudía en sus brazos. Lo llamaba a gritos y Teresa, con los ojos desencajados —sin pensamientos, en la cumbre de la desesperación— lo sacudía, lo estrechaba... Pero el niño, definitivamente,

dobló su cabecita en cuya sien derecha, como una amapola, se le cuajaba la sangre.

—¡Fué sin querer! ¡Pobre hijo, perdón, fué sin querer! ¡Hijo! ¡Hijo! ¡Hijo!

José se sacudía en llantos convulsionados. Había matado a su hijo, con un balancín, mientras bajaba arreos del estante. No vió que estaba a su lado; el fortísimo golpe, le había destrozado la sien.

En el instante tremendo de la tragedia, cuando el dolor los arrastraba inexorablemente a la semiconciencia, otra angustia espontánea, sacudió toda el alma de Teresa que, espantada corrió en busca de su hijita como si a su espalda se abrieran las alas de un presentimiento horroroso.

Cerca del chiquero, tras un alarido, se desplomó desmayada.

... Honda piedad y conmiseración profunda, para José, el campesino, y Teresa, su mujer, que en el manicomio tienen para desasosiego de sus locuras, dos visiones terribles: él, su niño muerto en los brazos, y ella, las pierrecitas de su hija devorada por los cerdos...

ERNESTA MANZINI

I

—ERNESTA, cochina, cochina, debiera echarte a palos...!

La mujer escandalizada, amenazaba con las manos en alto, para luego cerrarlas y apoyarlas en las caderas voluminosas.

Sus piernas entorpecidas por la indignación, tumbaron una silla. Este hecho terminó de excitar a la mujer, que descargó toda la violenta pobreza de su cultura.

En un ángulo de la pieza, con las manos en la cara, una jovencuela sollozaba compungida.

Su vestido lacio, cubría el cuerpo de vien-

tre henchido como un fruto maduro. La madre se acercó con la mano abierta como para sacudir una cachetada, mas su ademán, se transformó en reproches. Su pecho cansado, se agitó en llanto y aumentaron los sollozos de la hija desventurada y maldecida.

*

*

Las voluntariosas fuerzas de la vida, provocaron esta escena en una humilde casa de campo, rodeada de cercos y árboles.

Está situada a varias leguas del pueblo, donde, no tengo dudas, más de una persona ya habrá comentado sentenciosa, y espera el desenlace con satisfacción perversa.

El dolor sincero, lo viven la madre, que invoca el nombre respetable de su marido muerto, y Ernesta que se desespera frente a una incomprensible encrucijada. Acepta como inmerecida su fatalidad. Jamás había pensado antes que en la vida suele pagarse con llantos prolongados, las fugitivas delicias que escasamente nos ofrece. Ya no comprende nada de cuanto le ha acontecido, mas intuye que

ni su culpa ni su desdicha son tan enormes. No obstante sufre sin poderlo evitar.

Lo que le ocurría, no estaba previsto en sus simples ensueños de amor; era insospechable, como una granizada caída sobre los campos de trigo.

Sus dos hermanos, jovencitos, la miran con más curiosidad que sospechas, mientras salen de caza con sus redes.

II

Ernesta piensa en Roque. Se encontró con él, una tarde nublada, camino de la aldea, mientras iba a comprar género para un vestido: cumplía dieciocho años, y su madre se lo regalaba haciendo con sus ahorros, maravillas inciertas.

Roque Yeneré era hijo de campesinos que, hacía años ya, no trataban a los Manzini porque unos caballos suyos habían destrozado parte de sus alambrados. Rústicos Montescos y Capuletos, sus familias estaban reñidas.

Roque era feo y osado. De cabellos lacios y amplias orejas, su nariz ostentaba la perso-

nalidad singular de un lobanillo de tendencias picarescas...

Ernesta respondió por primera vez a su saludo, y la risa franca de Roque, le hizo sonreír.

Acostumbrada a suponerlo siempre un enemigo, durante todo el camino pensó en él; y no sabía qué le atraía más, si la comprobación de que un hijo de los Yeneré no era poco gentil, o la gracia sana de su rostro lleno de malicia.

Al elegir en la tienda su tela, el nombre de Roque, le bailaba en el corazón.

* *

*

Cuando regresó a su casa, encontró a su madre frente al cajón que le servía para amasar la harina: como le agradaba el pan dulce con pasas de uva, el cumpleaños de su hija, le parecía un acontecimiento doblemente feliz. Después de quedar viuda, engrosaba y se ponía golosa...

Se limpió con premura las manos enharinadas en su delantal, para ayudar a Ernesta a

desatar los paquetes. Pero Ernesta no tenía prisa. Hubiera querido hablarle de Roque y no podía; antes lo hacía con frecuencia, pero un sentimiento distinto le impedía nombrarlo hoy: en el fondo de su conciencia, sabía que nada diría sin hacer notar que una dulzura extraña y deliciosa la envolvía por completo. En su casa el nombre de Yeneré sólo debía ser desdeñado o injuriado. A ella ya no le parecían tan tercos, tan egoístas, tan bárbaros como los juzgaba su padre mientras vivía. Notó que en su familia hubo siempre un exceso de empecinamiento. Hay instantes en que los antiguos conflictos no tienen razón de ser y parece imposible que alguna vez hayan existido. Ese instante vivía Ernesta. Comprendía todo lo imposible de su pensamiento, pero se sentía vencida por una inexplicable satisfacción: nombrar a Roque.

No lo nombró ese día, pero durante la noche, mientras esperaba conciliar el huidizo sueño, saboreó complacida la frescura de su imagen.

* *

*

Una semana después, Ernesta guardaba por vez primera, un secreto para su madre. D^a Francisca, que tal era su nombre, se hubiera sentido irritaba ante la comprobación inaudita: su hija amaba a Roque...

Había reñido a menudo a su marido por sus desavenencias con sus vecinos, pero al morir, adoptó sus rencores y era a su vez intransigente.

Por eso nunca le dijo Ernesta que junto al molino de viento un día muy próximo, le dió a Roque sus manos; ni le dijo jamás que al ir por cualquier motivo, a casa de unos vecinos, en el sendero del bosquecillo de algarrobos, la boca de Roque tuvo estrujada a su boca.

Desde entonces, se afanaba en sus tareas para tener momentos libres. Y ella, que pocas veces lo había pensado, al mirarse en el espejo, se encontraba bella y sonreía.

Le molestaba que sus hermanos la siguieran porque, temerosa de ser descubierta, sentía hacia ellos, un secreto sentimiento de enemistad.

Junto a Roque, solía recordar las palabras

de su padre: "Los Yeneré son muy malos vecinos, pero muy trabajadores".

Ella hubiera querido que el fuerte mozo labrara un día el pequeño campo de su madre; y lo esperaba así con certidumbre.

Admitía las evasivas de Roque porque conocía el carácter de Doña Francisca, pero confiaba en que un día los vecinos, asombrados y envidiosos, los verían juntos en su propia casa. Era una esperanza ilusoria.

Por lo pronto, sus amores comenzaban a ser conocidos, y extendiéndose los rumores, se aproximaban a su hogar.

III

Septiembre despertaba la tierra de su letargo. Los gajos de las plantas como si hubieran enriquecido sus fibras, reventaban por los extremos una profusión de yemas. Los campos se cubrían de verdor que los animales hollaban con sus pezuñas pacíficas.

Era la hora de la siesta.

Ernesta conducía a un animal al prado que distaba pocas cuadras.

Vestía sencillamente. Las mangas alzadas, dejaban al descubierto sus brazos bronceados por el sol. El cabello, separado en medio del cráneo, le caía, trenzado, hacia el pecho.

Sus pensamientos se debatían entre satisfacción, duda y angustia.

Sabía que Roque la esperaba. Hubiera querido llegar hasta donde debían encontrarse, mas, de pronto, se arrepentía de sus promesas precipitadas: su osadía resultaba superior a sus propias fuerzas...

.....

Silbaba una perdiz a lo lejos, cuando Ernesta se abrazó a Roque...

.....

* *

*

Habían transcurrido unos meses. Sus encuentros espaciaban y una terrible duda atormentaba a Ernesta: su madre no se mostraba

ya indiferente a sus continuas turbaciones y Roque, le huía.

En un festival del pueblo, le vió reír con sus amigas que la miraban y sonreían.

Se desesperaba por disimular, mas, roja de ira, sentía una honda tortura en su corazón. Cuando lo veía desaparecer entre un grupo de personas, un zumbido desconcertante le torturaba los oídos y hasta le impedía ver con precisión. Si hubiera podido obrar con libertad, en una actitud irreflexiva, desesperada, hubiera corrido a buscarlo para impedirle que riera, que mirara y sobre todo, que desearan bailar con él.

Doña Francisca notó su inquietud y no dejó de observarla.

Ernesta sufría horriblemente.

Durante la noche, en su pieza, después de apagar la luz, cuando hubo transcurrido un tiempo que le pareció larguísimo, sin poder soportar su congoja, lloró desesperadamente.

Doña Francisca, alarmada, acudió junto a su cama. Cuando Ernesta se vió sorprendida, lejos de evitar el llanto vertió en agudos sollozos su dolor.

Sintió la madre hundirse la tierra a sus pies, un presentimiento terrible le hizo ver destrozado su hogar mantenido con tantas penas y sacrificios. No preguntó nada a su hija, porque le parecía sentir sobre sí, el peso de una maldición tremenda. Cuando oyó de labios de Ernesta la confirmación de sus sospechas, vacilaron sus pies. Sus pensamientos desordenados se agrupaban de tal manera en su cerebro, que concluyeron en una aguda crisis de nervios.

Varias horas después, al serenarse, reflexionó. Midió toda la miseria y la humildad de su existencia sin alegrías. Juzgó que la vida era una carga pesada y dolorosa. No podía comprender cómo la desventura se introduce tan fácilmente en el hogar de los pobres, ni cómo su vida virtuosa pudo ser lacerada por tan injusta pena. No halló en su conciencia ni una culpa, y pensó que una humilde mujer, no es codiciosa cuando sólo aspira a ganar su pan y a vivir tranquila.

En el fondo de sus pensamientos, maldijo el día azaroso en que fué concebida...

IV

Mayo, ya por concluir, continúa lluvioso.

Durante el día, las nubes, empujadas por el viento, formaron oscuros signos fabulosos; por la noche, la tormenta arrecia.

Las chispas monstruosas de las intensas descargas eléctricas alumbran el camino que el agua convierte en lodazal.

Los truenos retumban, allá, profundamente en lo infinito del espacio.

De cuando en cuando un rayo violento, como tirano, se impone con su estruendo, para oirse luego, por un instante, tan sólo el recio caer del agua sobre los campos.

Los árboles, en la sombra de la noche, son azotados con furia por el vendaval. Mientras los truenos cesan, se une al zumbar del viento y al ruido de la lluvia el trotar nervioso de caballos. Una jardinera hace camino, arrastrada por los brutos que salpican agua y barro.

Los estampidos de las descargas que estallan entre las nubes, los encabritan y continúan luego, con mayor brío. De pronto, doblan a la derecha. Un relámpago intenso ilumina descubriendo el sitio.

En el intervalo de su luz, se ve la mole rústica de una casa, la empalizada del cerco y las ramas de los árboles agitados por el viento.

Luego la noche, aparentemente más oscura, cubre la escena de sombra.

Una lucesita la hiere.

Son los rayos que irradia un farol, y atraviesan la hendidura de una puerta.

El vehículo se detiene junto a ella.

Bajan dos hombres. Uno de ellos la empuja, descubriendo a la noche la claridad de su hueco.

Es el médico y un hermano de Ernesta. Se quitan los capotes empapados.

El muchacho, se dirige con recelo a su pieza.

El médico se frota las manos y saluda a la madre con una palmada afectuosa en la espalda. Del dormitorio inmediato se oyen voces débiles. Cuando entra el facultativo, dos mujeres, vecinas quizá, se pasan una toalla y cesan de hablar.

Ernesta sufre en su lecho de parturienta.

* *

*

Después del agitación de la noche, el día amaneció sereno. El camino enlodado, se pierde en medio de dos extensiones de pastos verdes y húmedos.

En la tierra rica y blanda, asoman nuevos brotes. Los rayos tibios envuelven de luz la casa de campo.

Un jovenzuelo ensilla su caballo junto al palenque, mientras allá, bajo la techumbre de chilcas, otro, que dejó de ordeñar una vaca, apoya al ternero.

En su pieza, Ernesta parece dormir; su cuerpo cansado, reposa. Tiene el rostro demacrado, los ojos hundidos, las manos frías. Una señora, cuidadosamente, la cubre con una pañoleta, mientras otra ayuda a Doña Francisca que envuelve y acaricia a un niño que llora...

El mismo día, en un negocio del pueblo, Roque, al comentar sonriendo su aventura, fué abofeteado por un hombre.

**VIDAS SIN RUMBO O DOS AMIGOS
Y UN GATO**

I

30 de julio.

Zambo mira y remira fijamente la cacerola. Es un gato optimista. La duda, como rico jugo, no ha penetrado en él. Es tan, pero tan optimista, que hasta se relame. Aun cree que sobre la tierra existe un pedazo de carne sin dueño... Me aventuro a suponer que su concepto de lo providencial, es firme. No se ajusta a experiencias; no es un gato científico. Además de ignorar que a idénticas causas corresponden idénticos resultados, tiene un apetito de bulímico.

—Javier, nuestro gato, comería siempre, y convengamos que en eso, tiene similitudes estrechas con nuestros más firmes deseos. Si pudiera unirse a nosotros en los trabajos ímprobos y en las duras pruebas, quizá lo haría, porque también es virtuoso. Y la virtud lo pierde. No debería respetar tan celosamente el derecho de propiedad privada, pues Vélez Sarsfield, no lo tuvo en cuenta cuando redactó su Código. No es un código para pobres gatos... De los félicos no se legislaron usos, costumbres, etc. y quizá lo agradezcan. ¿Me quieres reprochar la intención? ¿Y tu símbolo de la Justicia? Decías que las vendas colocadas ante sus ojos, no alcanzan a impedir que espíe con exceso. Pero los modernos penalistas, son científicos y no maliciosos: para que vea como con rayos X, le quitarán al símbolo legendario el pañuelo que lo ciega. ¡Ah, Señores! No en balde tememos que, cuando vuestra Justicia vea, le hagáis, como siempre, dirigir demasiadas miradas ruborosas a vuestro oro resplandeciente...

Retornemos. Los pobres gatos, no entran nunca en los cálculos de los hombres. Tienen

sus cuidadoras. La Providencia les ha reservado a las mujeres, que pasados los cuarenta años, aun conservan una sonrisa unilateral y, una virginidad que a nadie interesa.

* *

*

Zambo mira la olla y se relame. Es evidente que la esperanza ha arraigado furiosamente en su corazón. Nosotros la hemos perdido, puesto que conocemos mejor los azares de esta existencia humilde que nos hemos forjado a fuerza de sacrificios. Existen hombres gordos, gordos y ricos, pero estoy seguro que nuestro gato los desprecia: tiene buen gusto. Eso sí, es refinado; y además, porfiadamente iluso, pues sigue suponiendo que en la olla, hay algo más que agua y choclos. Su esperanza desmesurada nos alienta y así, somos tres individualidades que, por un instante, se han aferrado a la ilusión de una cena suculenta.

II

1º de agosto.

La gata de la vecina, maúlla con quejidos

infantiles, y Zambo está inquieto. Como anochece, da vuelta en torno a la casa.

Sospechamos que esta noche su virtud, ha de sufrir algún delicioso y sensible menoscabo.

Podríamos envidiarlo. No nos faltan hermosas imágenes, y el amor nos conmueve desde la aurora dispersadora de pájaros. Tú, ayer, te extasiaste, Javier, mirando una gran rosa que perfumaba el jardín cercano, mientras yo, callaba obstinadamente, porque un par de ojos inigualables, me arrastraban suspiros.

¡Ah! buen compañero, gato nuestro, ve donde te incline tu naturaleza que nosotros rogaremos porque tus goces sean fructíferos; rogaremos por que veas en tu compañera un envío maravilloso, un desprendimiento magnífico de tus dioses. Rogaremos por tí. ¡Pierde tu virtud y gana un poco de belleza...!

III

2 de agosto.

Esta mañana nos levantamos temprano.

Un raudal de luz inundó la pieza haciendo que rebosara el oro, casi del único que disponemos. El aire fresco nos avivó el rostro y en nuestro corazón conmovido, sentimos un gran deseo de vivir.

Tú, Javier, te quedaste mirando no sé qué. No me lo dices, pero. sufres. Tú no encuentras encanto en tu vida, en cambio yo en la mía... tampoco. Tú sufres más; te quedas pensando y pensando. ¿En nuestro hogar?

No, el nuestro no es un hogar. Es una vieja casa que nos sirve para no vivir a la intemperie. Es un refugio que adquirió categoría, cuando le pusieron el cartel: "Se alquila".

* *
*

En la cocina, el gato duerme plácidamente. Ha encogido con suavidad sus patas y no tiene prisa por despertar. Mejor; que duerma, que sueñe, pues no le faltan motivos. Tanto maulló anoche, que sus ensueños lo poseerán durante varios días; nada más. Nuestro gato

no cree en el amor eterno puesto que es sensato. No amará mucho tiempo a la gata blanca del vecino, y en esto, se rige por medio de elementales reglas de prudencia.

Como en amor no se adhiere a ilusiones infinitas, el amor no lo distrae ni hace sufrir mucho. Sabe que es finito y procede de acuerdo con su naturaleza. En esto nos distanciamos considerablemente de sus maneras sencillas. "Ponemos el infinito en el amor" y nos tortura la duda en materia de sentimientos. Javier, nuestro gato es prudente, y es bueno que sus lecciones sean meditadas. Pero reflexiona tú sobre ello, puesto que suspiras con frecuencia y dejas que se nos derrame la leche cuando hierva sobre el fuego escaso que nos alumbra y calienta...

IV

4 de agosto.

Zambo se ha acostado bajo una gran planta de malvón. Caen los pétalos de las flores, y como le rozan el hocico, se pasa con suavidad las patas.

¿Sueñas, compañero bondadoso, que es tu amiga que te besa? Tu mansedumbre, no ha de llevarte junto a una Zapaquilla que, de pronto, te convierta en celoso, guerrero, insultador y feroz.

Tu existencia, bajo el malvón, estará al abrigo de aventuras desastrosas.

V

6 de agosto.

El sol, entibia al reducido patio. Sólo hacen sombra las hojas de una plantita. No, también algunas de sus flores hacen sombra. El gato duerme en un rincón. Duerme sumergido en el gran silencio. Pero su sueño no es dulce. Posee un importante motivo de pesar; fundamental razón lo priva de la alegría ingenua, de la escasa alegría que le fué dado disfrutar sin frecuencia: no ha comido, y en sus rústicos cálculos, no hay posibilidad alguna que lleve a enfrentarlo con alimentos.

Lo miro y lo compadezco. Como no se oye un solo ruido en toda la casa, el silencio nos torna tristes, nos purifica.

¡Zambo desdichado que ahora te estiras y te despiertas, hemos salvado la nobleza de nuestro corazón, puesto que la pesadumbre nos posee!.

VI

7 de agosto.

Cuatro dalias rojas, hermosas como cuatro besos enormes y deliciosos, adornan de color pudoroso al jardín; pudoroso, porque las dalias, por su peso y su hermosura, han inclinado con suavidad el pedúnculo.

Me he agachado para aspirar junto a ellas, y el gato, me mira torciendo su cabeza brillante a la luz del sol.

VII

Por la noche.

Buscas bajo la cocina, un poco de calor, pues la noche se ha cerrado fría. Parece que en las estrellas, la luz se congelara irremedia-

blemente. Hace mucho que el fuego no arde; descuidado por Javier, que lee.

La cocina está fría, frío el aire. ¡Ah! si pudiéramos cobijarte en nuestro corazón, si que estuvieras tibio!...

VIII

11 de agosto.

Javier venía caminando junto a la sombra de grandes plátanos. Sonreía luminosamente; con todo el rostro. Comprendí al punto que embellecía su pensamiento, recuerdo reciente, claro y seguro; comprendí que traía empapados los ojos por la mirada maravillosa de otros ojos amorosísimos; comprendí que el amor hermosearía las palabras en su boca; le estreché la mano, y sentí una intensa dulcedumbre...

¡Sé feliz, amigo mío, puesto que no es frecuente la dicha en la vida nuestra! Cepilla tu traje y canta. Un momento de belleza, es un instante fundamental.

Como lo creía Platón, el Amor lo go-

bierna todo, sin dejar de presidir la Medicina, la Gimnasia y la Agricultura...

¿Te sonríes...? Ven, mira a través de los vidrios ese cáliz cerrado. ¿Tú presientes el desgarramiento silencioso?

Sí, conoces ya el misterio de lo que vive, de lo que canta, de lo que llora. ¿Acaso no amas?

X

25 de agosto.

Zambo me mira intensamente; pero en sus ojos lo felino se trocó mansedumbre.

¿Qué miras? ¿Mi rostro?

Quizá tú no poseas claros sentimientos sobre belleza humana. De las tres, como quiere dividirlos el filósofo, la de mi entendimiento es poca, apenas si se esconde en unas escasas intenciones; la del ánimo, tímida; y la del cuerpo... ¿Qué piensas de estos pómulos enormes; de esta nariz roma y de estos ojillos apagados? ¿Cómo no cuajar en lágrimas mis frecuentes ensueños amorosos!

Sabes que cuando siento agigantarse el corazón, cuando canta el viento en las ramas y la luz de la tarde es más hermosa, más límpida, más suave; cuando siento estremecer mi pecho ardido por una honda y clara impresión de felicidad, me observo a mí mismo... Entonces, te busco para no estar solo...

XI

26 de agosto.

Sin mirarlo, he pasado con displicencia la mano por la cabeza aterciopelada del gato.

Pasan las horas y espero. El humo blanco de una chimenea, al extenderse, oculta, por un instante, a dos pájaros que cruzan volando.

La carcajada de un niño me distrae. Es una carcajada fresca, abundante; borbotea y se derrama...

Imagino que su rostro es rubio, y sonrío.

XII

28 de agosto.

Querido Zambo que me miras con ojos

tan límpidos mientras medito en este rincón penumbroso, yo no podría como el Hipólito de Racine, exclamar: "Llegado a más madura edad, yo mismo me aplaudí al conocerme". No, mis manos caerían destrozadas antes de darse palma contra palma.

A toda la oscuridad de mi vida, se une lo insatisfecho de un corazón áspero, voluble, dulce, agrio, suave, siempre intenso, siempre sin sentido. Tú me agradeces el pedazo mezuquino de carne conque raras veces puedo regalar tu sufrido, constante, eterno apetito... Me agradeces y me admiras. Yo no puedo complacerme conmigo mismo, porque todo mi amor hacia todas las cosas, no sirve para dar a los hombres alegrías o a una mujer, felicidad. Para adquirir con nobleza la propia y ajena consideración, ha menester una vida que, como el torrente de agua surgido de imprevisto en las cumbres, se vertiera para darse a todos los hermanos que sufren sobre la Tierra.

Tú no piensas al mirarme, que mi rostro de mejillas hundidas, es el rostro de mi pueblo; que mis miembros son como los miem-

bros de millones de hombres, de niños, de mujeres. No comprendes esto. Tu cerebro es rudo; sólo te sirves de los instintos, que conservas menos arraigados que los de tus hermanos los monteses, los manules, catus cafer, los enguantados, cuyas momias y figuras decoraron templos de Tebas.

La vida es árida, Zambo, cuando no es capaz de romper las múltiples sujeciones de una existencia llevada por costumbre, por mansedumbre o por inercia....

Un desierto donde apenas si florecen, embellecidas por frescura fugaz, algunas flores, no entusiasma hasta el arrebató de un aplauso.

Aplauda Hipólito su orgullo que llamaba maravilloso; no le envidiemos, no obstante. Midamos en silencio la utilidad de esta, nuestra vida que, como la suya, por diverso motivo, tan cara nos cuesta.

XIII

30 de agosto.

Ven acá; no adoptes aires de inocencia,

ni me restregues tu lomo en el pantalón. Te crees culpable porque ignoras nuestra indulgencia ilimitada. ¿Crees por ventura, que nos asombran tus últimas andanzas? Amas con gran frenesí y no te guías por precepto virtuoso alguno, cuando tanto escándalo provocas en los tejados, en el patio, en los tapias. Ahora, vives de noche con gran furia. Tus arrebatos son casi descomunales, y sospechamos que no has de salir perdidoso en medio de tanto ruido...

No pedimos arrullos a tu boca dentada que, en los albores de tus antepasados, fué mas sanguinaria; ni le exigimos que cante como la calandria que suele despertarnos muy al amanecer. Tu naturaleza es arisca, y haces el amor de acuerdo con tus furores. Vuestras ansias, emplean medios violentos.

Puedes interrumpirnos el sueño hasta desvelarnos, que siempre perdonaremos tus arrebatos. Podrán arrojarte a la cabeza menesteres domésticos, los caducos, los impacientes, los irreflexivos, y sobre todo, los que se desentienden de la naturaleza que tan variadas leyes dictó para el amor.

Puedes trabar luchas desesperadas, que nosotros sonreiremos, sin sustraernos al pensamiento de que cumples sobre la tierra una misión dolorosa y fatal: crear, cuidar para los siglos la prolongación de una especie cuyo destino final, como el nuestro, se mantiene tan oculto como la Verdad. Como ese árbol, cuyo tronco rasguñas, eres una parte del todo universal. "Mal haríamos en censurar tus costumbres, puesto que aprobamos las nuestras".

Zambo, no has estudiado al de Villa Said, ni me escuchas. Ignoras que Marramaquiz —cuyos amores veo que ya imitas— leyó a Ovidio.

No te emulan los ejemplos ilustres. La gloria no te interesa. Si tuvieras aquí alimentos apetitosos, unidos a tus frecuentes incursiones amorosas, te llamarías epicúreo, como los romanos que aplicaban con ánimo torcido, las doctrinas del que quiso para los hombres una vida sin tanto dolor...

XIV

31 de agosto.

Rondas nuevamente por los tejados. An-

danzas tan empeñosas, traerán para tí sucesos comunes. No buscas lejos lo que tanto te apetece. La gata de la vecina, no es una bella gata; pero es que no disciernes con cuidado. Porque te muestras ciego en tus inclinaciones, te compadezco. Eres juguete movido por oscuras fuerzas; no torcerías tu destino y también crees que el amor, es tu necesidad primordial. Tu mollera gatuna, talvez desdigne divagaciones como esta que me escuchas, mientras parpadeas pacientemente. La ausencia de fastidio, te hace muy estimable.

Es el caso, que persigues a la gata Edelma. Es vieja y fea. Su pelambre desteñida parece áspera. Para ojos humanos, carece de atractivos. Un extrasentimiento de belleza, podría hallarle algún asomo de gracia. Pero es hosca y te regaña con frecuencia. Lo tengo observado. Te volverá rabioso.

Admito que tú no piensas, como Sócrates con Jantipa, templar, en sus maneras hurañas, el caudal de tu paciencia... Si tal haces, confieso tu sabiduría, sin descontar que algo manifiestas de tu imprudencia.

Zambo, gato remolón, si quieres, haz como si a tí no te hubiese hablado; como si las palabras se hubieran perdido en el escaso movimiento de este aire que nos llega por la ventana...

XV

15 de septiembre.

Javier salió hace dos días. Han de concluir las suelas de sus zapatos por estos caminos de los hombres, entorpecidos por pedregales.

Demasiado silencio y tristeza hay en esta casa, a pesar de los árboles y el sol. De la canilla, una gota de agua suena intermitentemente sobre la lata. Su monotonía, es como una menuda perla que hiciera más profunda nuestra soledad. Zambo y yo velamos el silencio. El ha comido y ahora duerme sin acompañarme, pues sus sentimientos de gratitud, permanecen tan oscuros como su origen...

Como no soy feliz, comprendo toda la intensidad del silencio.

XVI

16 de septiembre.

Un desocupado recalcitrante, es un hombre que mira con invencible zozobra, las casas donde las vacantes son problemáticas.

Las idénticas respuestas negativas, forman algo así como una institución odiosa y desesperante. Debería reglamentarse una fórmula nacional para negar empleos. Nos asquearía la ley y no el hombre gordo que, sentado en su escritorio, hace la digestión lenta, difícil, oscura y prolongada... Siempre es bueno salvar el amor hacia los hombres.

* *

*

—Señor, necesito emplearme para poder comer y vestir; quiero decirle que mi figura y mi estómago ofrecen aspecto casi indecoroso...

—¿Qué sabe hacer?

—Soy abogado...

Una mirada estupefacta le descompuso el rostro.

¡Señor! Perdona a este buen hombre, ignora que la Fortuna, al pasar junto a mí, esbelta, implacable, lucía un cráneo absolutamente rapado...

XVII

Por la noche.

Esta vida nuestra es como una isla verdosa, con árboles y pájaros, pero rodeada por un mar áspero y bravío: nos llegan las salpicaduras del agua amarga. Sus pájaros, también cantan con dolor y tristeza.

Si reímos, es porque una fe imprecisable nos lo permite. Desentendidos de la realidad, nos complacemos con pensamientos desmesurados, coloridos o sabrosos. Palabras, palabras de una vida transitoria, de suerte mudable, que ha de mostrarnos, de sus fases múltiples, una sólida. Hasta Esquilo nos fortalece, porque si "la desgracia camina, erran-

te siempre", su fatalidad viajera, habrá de abandonarnos...

XVIII

"Has venido ¡oh! caro joven; después de tres noches y tres auroras". Puedo estimar a Teócrito puesto que poseo por él, esta frase para tí.

Javier, el sol oscureció la piel de tu rostro que ya no afeitas. Tienes el cuerpo cansado y las manos más vacías que nunca. Sé todas tus peripecias sin que me las cuentes. Te veo abandonar las puertas con la cabeza erguida por el desprecio o abatida por el desengaño. ¡Desprecio y desengaño!

Hemos afrontado la existencia con entusiasmo. Cuando adolescentes, su portal inmenso nos vió cruzar bajo sus arcos, iluminados por sonrisas; poseídos por ideas maravillosas de belleza, de luz, de Verdad. Mas, he aquí que la alegría se nos apaga; en nuestros pechos endurecidos, se clavaron dardos. Un hacha feroz está haciendo trizas la simiente primitiva.

¡Desprecio y desengaño!

Pero no; algo importa más que el trance difícil que vivimos sin narrarlo. Más valioso es, que estos dos cuerpos nuestros destinados a sucumbir. Más digno de cuidados que los hombres que todo nos lo niegan, son nuestras obras generosas para la humanidad que viene.

¡Nos reconforta el pensamiento nutrido en el ensueño de los hombres del porvenir, que no tendrán que aislarse y combatir a otros hombres para poder disfrutar de los bienes de la tierra!

No, no podemos despreciar, porque somos parte de una humanidad cargada de dolores que comprendemos. También, en nuestro corazón henchido, el desengaño, es como una piedra arrojada en el mar: borran sus ondas, marejadas blanquísimas...

"Has venido ¡oh! caro amigo, después de tres noches y tres auroras".

Que la cuarta nos sorprenda con el ánimo reforzado, y con los ojos abiertos a una nueva luz...!

Indice

INDICE

	Pág.
Un hombre al margen de una historia	9
El podador	21
Una muerte aleccionadora	31
Detrás, las ruinas	41
Morodeadores	49
La importancia de Hamilear Lagos	61
Antonito	71
El matrimonio Pastore	83
Ernesta Manzini	87
Vidas sin rumbo o dos amigos y un gato	101

